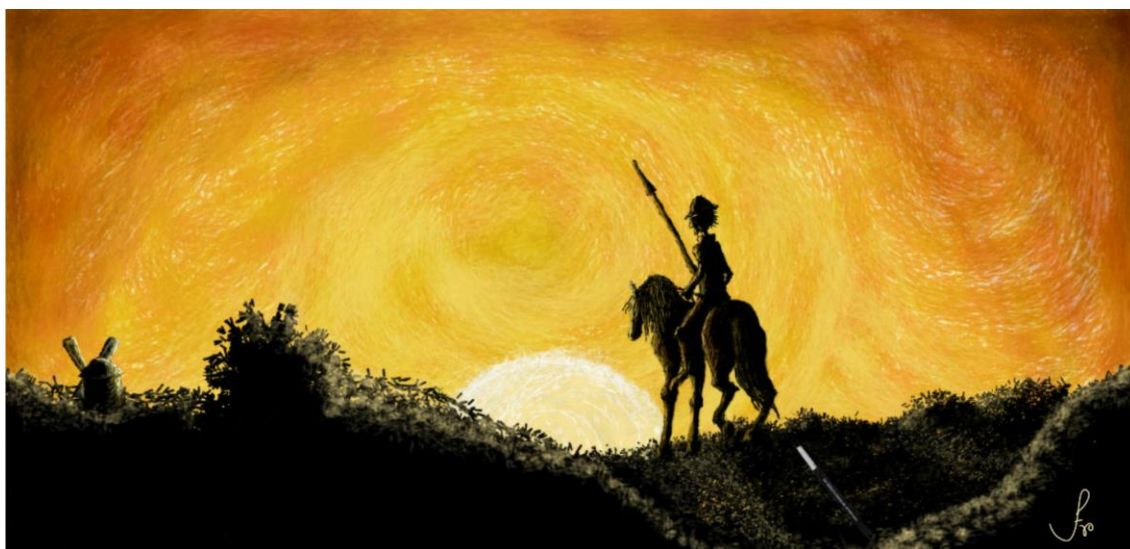


V Certámen literario IES Juan de la Cierva



Con motivo del IV Centenario de la muerte de Miguel de Cervantes con la siguiente frase arrancó la V Edición del Certamen Literario 2016.

“Porque mejor será gastar el tiempo en contar las propias que en procurar saber las vidas ajenas”

GANADORES DEL V CERTAMEN LITERARIO IES JUAN DE LA CIERVA

Agradecemos a todos los alumnos que han participado en el Concurso su participación y al Departamento de Lengua y Literatura del IES Juan de la Cierva su colaboración para que este concurso siga adelante.

A continuación publicaremos los relatos de los ganadores que en esta ocasión han sido:

MODALIDAD A

GANADORA:

Bárbara Martín Lamela (2ºE)

FINALISTAS:

Begoña Cistué (2º E)

Carlos Serradillo Svarlyte (1º D)

MODALIDAD B

GANADOR

Elvira Ruiz Molina (4º E)

FINALISTAS:

Clara Arribas Bonilla (4º A)

Alejandra Fernández Gómez (3º E)

MODALIDAD C:

GANADOR

Ignacio Santos Jerez (2º Bachillerato A)

FINALISTAS:

Belén Alonso Rancurel (1º Bachillerato D)

Elena Ahijado Ferreira (2º Bachillerato D)

Porque mejor será gastar el tiempo en contar las propias que en procurar saber las vidas ajenas. "Esto me había dicho mil veces mi abuela, sobre todo cuando empecé a investigar el asesinato de Emily. Emily llegó al pueblo el 27 de abril del año pasado. Venía de otro país, pero nunca nos dijo de cual exactamente. Cuando llegó, yo estaba en mi último curso de universidad. Emily llegaba siempre tarde y venía vestida con muchos amuletos extraños. En el pueblo, nadie la aceptó y pronto llegaron los rumores sobre ella. Vivía en casa de su tío, en la casa más vieja del pueblo, la mansión Areiés, que se decía que estaba encantada. Yo nunca había hablado con ella, ya que fuera de clases nunca la veía. Al parecer no salía de la mansión.

Cuando empezó a faltar a clase, nadie le dio importancia, pero yo, no se por qué, estaba interesado en saber qué pasaba.

Empecé a preguntar a las personas con las que siempre estaba, que, por cierto, eran muy pocas, y continué con sus profesores.

Después de mucho pensármelo, decidí ir a la vieja mansión y preguntar por ella.

De aquel día no recuerdo nada. Desperté en mi cama por la mañana con una raja en el brazo. Esto me hizo querer saber más. La curiosidad me duró poco, ya que cuando bajé a desayunar, mi abuela me dijo poco, ya que cuando bajé a desayunar, mi abuela me dijo que habían encontrado el cadáver de Emily, al lado del depósito de agua.

Cogí el coche corriendo y fui al depósito. Allí no había ningún cadáver, pero estaba ella. Emily estaba allí de pie con algo plateado bajo el brazo.

Me acerqué a ella despacio. Estaba muerto de miedo. -Emily ¿estás bien? - pregunté- Me ha dicho mi abuela que habían encontrado tu cadáver aquí.

Nada, no hablaba. No hacía ruido, pero se movía hacia mí.

-¿Emily?- cada vez estaba más asustado.

-¿Por qué?- dijo ella sin ningún sentimiento.

-¿Qué? ¿Por qué que?-estaba pensando en largarme de allí.

Otra vez se calló. Ya no aguantaba más, iba a salir corriendo. Me giré sobre mi mismo, preparado para salir pitando, pero allí estaba ella. Sentí algo en la

tripa, y vi que me había clavado un trozo de espejo. Caí al suelo. Me dolía. Me dolía mucho. Quería gritar, salir corriendo, pero no podía.

Ahí, en ese momento se acabó mi investigación. Emily no había muerto, me había tendido una trampa.

Llevo un año muerto y todavía no se por qué. Supongo que ya no tendré oportunidad de averiguarlo.



"Porqué mejor será gastar el tiempo en contar las propias que en procurar saber las vidas ajenas" - Juan cerró el libro que le habían mandado en el instituto y del que no había entendido una sola palabra, y pensó que lo mejor sería preguntar a algún compañero que le dijese lo principal para aprobar el examen, ya que lo que le apetecía era salir a la calle.

Salió por la ventana de su habitación para que sus padres no se enteraran y saltó al callejón de al lado de su casa. Allí estaba Felipe, su mejor amigo, con el que habían quedado.

-¿A dónde vamos?- preguntó Felipe- Al sitio de ayer no podemos ir porque como nos pillen allí otra vez nos la cargamos.

-Podemos ir a la casa esta que está abandonado, la de cerca de casa de Pepe. Allí nunca va nadie.

-Está bien, pero que no nos vean.

Se dirigieron a la casa abandonada y entraron por la puerta de atrás sigilosamente, ya que la puerta, que estaba muy vieja, chirriaba bastante.

Dentro, encontraron una escalera mugrienta a la que le faltaban algunos peldaños, que conducía un segundo piso.

-¿Subimos? -preguntó- Juan.

-Claro.

Ya arriba, se quedaron impresionados. Las paredes estaban llenas de los cuadros y fotografías más tenebrosas. No había un hueco vacío en la pared. Decidieron pasar a la siguiente habitación. Al encender la luz se pegaron un susto mayor que el anterior.

¡En un rincón de la habitación había una mujer tirada y cubierta de sangre!

-¡Está muerta!-gritó Felipe.

-¡Ya lo estoy viendo!-dijo Juan, muerto de miedo y deseando salir de allí. La pared de la habitación estaba cubierta de sangre y la mujer, parecía haber sufrido una fuerte paliza antes de la muerte.

-¡¿Qué hacemos?!- preguntó Juan.

-¡No tengo ni...- se cortó a mitad de la frase, porque de repente se dio cuenta de que, a través de una puerta de cristal, un hombre armado con una pistola les observaba tranquilamente.

Era un hombre alto y de hombros anchos. Tenía el pelo y las pobladas cejas negras y los brazos fuertes. Su semblante era serio y tranquilo, aunque parecía un poco enfadado. Se dio cuenta de que Juan y Felipe le miraban y gritó apuntando con la pistola:

-¡Eh tú!. ¿Qué haces aquí?

-¿Nosotros? ¡Tú te quedas aquí!- vociferó el hombre.- ¿Creías que después de ver eso te marcharías como si nada?

-¡Pero, pero si yo no he hecho nada!- dijo Felipe más nervioso aún pues se había dado cuenta de que Juan ya no estaba con él.

- ¡Ya, pero yo sí! ¡Ven conmigo! Tendrías lo que mereces por meterte donde no te llaman!

Felipe le siguió preguntándose que le hacía ese hombre, y dónde estaría Juan.

Juan, al ver al hombre, se había escapado por la ventana, pensando que mejor sería avisar a alguien que les pillaran a los dos.

-Ese hombre seguro que es capaz de matarnos con tal de que no digamos nada- pensó, mientras corría a la comisaría, que estaba al otro lado del pueblo.



Cuando llegó, y contó lo sucedido, los policías no le creyeron, pues ya les conocían y les tenían por malos chicos.

-¡Es verdad!. ¡Tienen que creerme! - decía él casi llorando. Por suerte, un policía amigo de su padre, llegó y dijo que él le acompañaría.

Cuando llegaron a la casa, el hombre ya no estaba y Felipe estaba en el suelo, inconsciente. El cadáver había desaparecido.

Porque mejor será gastar el tiempo en contar las propias, que en procura ver las vidas ajenas.

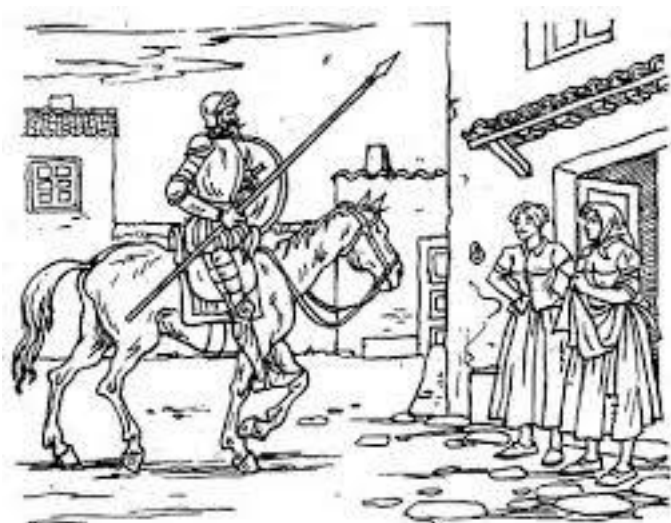
Había una vez, un rico, que vivió en una mansión heredada de su abuelo, una mansión de tres pisos, con mayordomos y retratos valiosísimos. Tenía una tele que ocupaba una pared entera, y una cama por las que niños matarían. El rico, tenía mostacho, y un precioso traje dorado. Su mascota, era un perro de pura raza. En la casa de enfrente, vivía un niño pobre, de unos siete años. Sus padres habían muerto en la guerra. Y su verdadera casa destruida por una bomba. Vivía en una casa con una sola habitación, y con una gotera en el techo. Lo único que tenía era una sábana, en la que dormía, y un osito de peluche, el único recuerdo de sus padres, un peluche que le dieron el mismo día que murieron. De ropa tenía un jersey y una camisa de la basura, y un pantalón marrón con unos calcetines blancos y sucios. Los dos solían ir a trabajar a la misma hora. El rico trabajaba con políticos, famosos, y otros tíos ricos. El niño "trabajaba" recogiendo monedas de la acera, hurgando en la basura, y pidiendo dinero. El rico nunca le hablaba, y nunca le daba dinero. Un día el rico paso por la calle donde el pobre estaba pidiendo dinero. -Perdone, buen hombre, ¿Me podría dar una moneda, ya que no tengo comida ni padres? - Le dijo el niño. El rico le respondió -Niño no tengo dinero ahora mismo. -Se metió en su limusina y se fue. - Por la noche soñó que era pobre y que vivía en una caja, al lado del niño en su mansión, que se burlaba de él. Entonces se despertó. Ya era por la mañana. Decidió ir a darle 100€ al niño. Cuando entró en su casa, vio que, ¡Estaba muerto, de hambre! El rico empezó a llorar. Muchas veces, nos quejamos de nuestros problemas, cuando hay otras personas con problemas mas graves, y no nos damos cuenta hasta que ya es tarde.



"Porque mejor será gastar el tiempo en contar las propias que en procurar saber las vidas ajenas"... eso es lo único que he podido leer entre los papeles del señor Don Miguel. Estaba limpiando la estancia mientras que él comía. Desde que me enseñó a leer no hago otra cosa que tratar de entender cualquier conjunto de letras que llega a mis manos. Pero... oh querido diario... cómo escribe el señor Don Miguel, a veces me pregunto si él mismo entiende lo que dice. Ahora anda enfrascado en una novela, que... a mi entender... le llevará tiempo acabarla.

Cuando yo, o las otras criadas entramos en su despacho está todo lleno de papeles arrugados en el suelo, o de otros tantos esparcidos por su mesa, algunos decorados con manchas de tinta, otros tan limpios que te podrías ver reflejado en ellos. Es curioso, porque Don Miguel tiene una letra muy extraña, no escribe como los demás, creo que es debido a una e esas guerras en las que luchó, pero no me hagan mucho caso.

Yo llevo apenas medio año trabajando para él, y lo poco que sé lo conozco debido a las demás criadas. Aun así, aunque lleve poco tiempo con el señor y no tengo ninguna experiencia a la hora de servir y aunque muchas veces me equivoque, y arroje la bebida al suelo, él nunca se enfada conmigo. Es muy buena persona. A todas las criadas nos trata muy bien. Está afanado en enseñarnos a leer y a escribir, a pesar que la novela que se trae entre manos le ocupe muchas horas. Por consejo suyo he comenzado a escribir este diario. Él dice que la mejor manera de aprender algo es practicando mucho, yo por eso leo mucho y escribo mucho.



Sinceramente pienso que el señor Don Miguel va a ser famoso. No sé si será reconocido en poco tiempo, pero estoy segura de que dentro de muchos años los niños le estudiarán en las escuelas, porque, de verdad les digo, que el señor Cervantes, es un auténtico genio.

Porque mejor será gastar el tiempo en contar las propias que en procurar saber las vidas ajenas, ese es mi lema, o ese había sido mi lema hasta hace dos meses, dos meses desde que llevo sin conciliar el sueño, sin respirar tranquilo, sin caminar sin prisas... Dos meses en los que no he parado d escuchar, sin pensar. He llenado mi cabeza de vidas ajenas mientras me olvidaba de la mía.

Todo comenzó un 2 de Abril solo yo conmigo en aquel banco y con media hora sin nada que hacer por delante. ¡No os podéis imaginar la de cosas que se te pasan por la cabeza en treinta fugaces minutos! Empecé a replanteármelo todo, todo sobre mí, todo sobre mi vida, por mi mente pasó una especie de tráiler de mis últimos 15 años y era un tráiler aburrido, vacío, no te impulsaba ni mucho menos a ir corriendo al cine. Me sentía sólo, pero millonario en lo más valioso que tiene el ser humano, algo a lo que todavía no se le había puesto precio, era millonario en tiempo, tenía mucho tiempo y nada que hacer. Así pues me decidí a escribir un libro, algo sencillo, real y cercano. Pensé que la mejor forma de escribir un libro era escuchando, escuchando todo lo que mi alrededor sentía a y todo lo que decía.

Me pasé estos dos meses agudizando muchos de mis sentidos y cualidades para poderme meter en el interior más profundo de todos los que me rodeaban, analizando cada momento de sus manos, escuchando sus palabras, sus lamentos, sus historias. Me di cuenta de que no sabía nada de nadie. Claro nunca me había inquietado, me pasaba los días yo, conmigo. Ahora pasaba los días, las tardes y las noches dándole vueltas a todas aquellas inquietudes historias que habían llevado hasta un punto de saturación mi mente. Me había olvidado del libro, me había olvidado de por qué sabía tantas cosas. Ya no podía escuchar mi voz, sólo escuchaba gritar a mi vecina, quejarse al panadero, llorar a la chica de la clase de enfrente, reír a mi profesora y mil historias en bucle detrás de cada uno de sus ojos.

Esto se que era una sensación de vacío, era blanca muy blanca y repleta de voces, era escalofriante.



Porque mejor será gastar el tiempo en contar las propias que en procurar saber las vidas ajenas.

Vivimos demasiado pendientes de la vida ajena y no nos damos cuenta de que lo realmente importante es lo que nos pasa a nosotros. Ella es una chica que lleva toda su vida pendiente de los demás, intentando que la gente que tiene a su alrededor sea feliz. Nunca se ha parado a pensar en ella. Tanto es así, que conoció a un chico y dejó que él fuera quien decidiera lo que debía hacer en cada momento. Dejó de hacer lo que ella quería por empezar a hacer lo que él decía. Perdió su felicidad por completar la suya. Ella pensaba que él quería y que por eso, todo lo que él quisiera y decidiera, le vendría bien. Pero, nunca se dio cuenta que era ella quién tenía que decidir sobre su vida y que no debía dejarse manejar por nadie. Dejó de hablar con gente porque era lo que él quería. Cada vez que discutían, sin darse cuenta, ella terminaba pensando que había hecho las cosas mal y que cuanto más la quisiese él, mas la prohibiría. Un día, transcurrido mucho tiempo, la chica comenzó a enfermarse, dejó de tener las mismas ganas que tenía antes de luchar, de vivir, de seguir adelante. Las peleas con su chico cada vez eran más constantes, cualquier motivo era bueno para que él la hiciese sentir como una inútil. Ella nunca pensó que la depresión que ella tenía fuera culpa de aquel chico. ¿Cómo alguien que decía quererla tanto iba a causarle algún mal?

El chico cada vez la prohibía hacer más cosas, requisaba su móvil para poder cotillear con quién hablaba. Ella se veía obligada a responderle al instante para que él no se enfadara. Terminó por pensar que la relación que ellos mantenían era la normal. Ella vivía para él y cada vez, se quería menos. Cada insulto que ella consentía, cada palabra que callaba, le hacía a él sentirse superior y sentir que podía hacer con ella lo que quisiera. La chica cada vez estaba más enferma, había comenzado a ir al psicólogo y a tener que medicarse.

Cuando la chica contaba la relación que mantenía, intentaba camuflar todas sus malas actitudes. Intentaba siempre excusarle a él y convencer al resto de que cambiaría, aún sabiendo que eso nunca iba a pasar. Ella falló en el momento en el que le quiso más a él de lo mejor que se quiso a sí misma.

Pasado el tiempo y tras mucha ayuda médica, consiguió contar con aquella relación que la estaba consumiendo por dentro. Pero, nunca volvió a ser la misma, todo el maltrato que había sufrido durante esos años la

perseguía en cada paso que ella daba para rehacer su vida. Debió darse cuenta antes de que si alguien te quiere de verdad, te quiere libre, te quiere siendo feliz y manejando tu misma tu vida propia. Y si alguien no te quiere así, no dejes que se acerque lo más mínimo a tu vida. Este chico llegó a su vida para transformarla, hundiría y poder manejarlo a su antojo. Todos deberíamos coger los mandos de nuestra vida y preocuparnos únicamente por nosotros, sin dejar que nadie decida lo que es mejor o lo que debemos hacer. Y sin dejar lo más importante, que nos maltraten.



Porque mejor será gastar el tiempo en contar las propias, que en procurar saber las vidas ajenas. Porque lo de uno mismo es la mejor historia jamás escrita en el borrador de los recuerdos. Porque realmente necesitaba encontrar girasoles en la ciénaga de los años. Ana se decidió a escribir. Pero no contó su fecha de nacimiento, o si era más hábil en las ciencias o en las letras, sino que describió cada sentimiento y cada recuerdo, sin exactitud ni concisión, pero con alma. Expresó cómo el dolor de las violetas de caramelo le recordaban a los veranos en casa de su abuela; el miedo que sentía de ser rechazada por los chiquillos que jugaban como ella, en el río; su primer beso, saber menta y dudas, y los que siguieron al pionero; la desolación de la muerte de su mejor amigo Julián...

Muchos habían sido las noches de lágrima y pensamiento. Ellas habían forjado las grandes decisiones de su vida, y esta no iba a ser una excepción.

Portaminas en mano, Ana partió en pos de los girasoles de su ciénaga de los años.

"Vale", se dijo a sí misma.



Segundo Premio Modalidad C

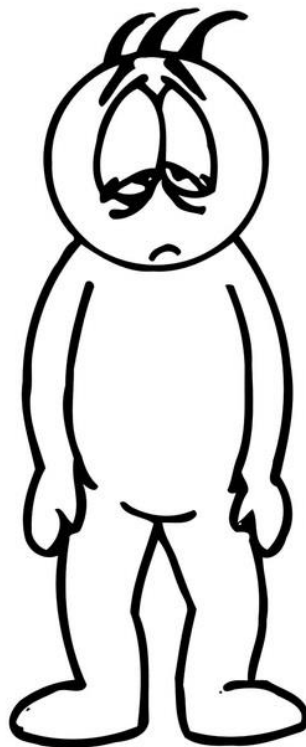
BELÉN ALONSO RANCUREL - 1º C BACHILLERATO -SEUDÓNIMO:
GAMMA

"Porqué mejor será gastar el tiempo en contar las propias que en procurar saber las vidas ajenas". Esta fue una de las frases del Quijote de Miguel de Cervantes que me marcaron, por un lado la entiendo, porque uno no puede ir metiéndose en la vida de los demás. Pero por otro lado si uno puede ayudar a otra persona aunque sea metiéndose en su vida, creo que su obligación sería intentar ayudar como fuese. Eso es algo que tenía como máxima nuestro héroe y caballero Don Quijote de la Mancha. A pesar de esto no siempre se puede ayudar a una persona por mucho que lo quieras. Te deja un sentimiento de frustración porque no hace mucho me pasó una pesadilla realmente horrible.

Soy alumno de 1º de bachillerato en el instituto Miguel de Cervantes. Pero esta historia no va de mí sino de Cristina. Cristina, una chica que había llegado nueva al Instituto este año, era castaña, alta y con una sonrisa encantadora. Solo coincidíamos tres veces a la semana. Pero no faltó mucho tiempo desde que empezamos a hablar. Me caía bien, era lista, inteligente, graciosa y guapa. Y aunque solo nos conocíamos de hace tres meses, no me importaría pasar la vida con ella, como amigo aunque no me importaría casarme con ella. Pero la pesadilla empezó un día en el que nos tocaba una clase en la que coincidimos, pero ella no estaba. Pensaba que estaba mala, ni siquiera contestaba a los mensajes, no me preocupé. Los siguientes días tampoco uno y seguía sin contestar y cada vez que iba a hablar con los de su clase, sus amigos me decía que estaba bien que estuviera tranquilo. Hasta que un día al ir a hablar con ellos, Javier y Marta, estaba llorando, no me acerqué mucho y estaba a punto de irme, pensando que estaba llorando por suspender un examen o cualquier tontería pero antes de irme pude escuchar claramente la frase que hizo que perdiera la cabeza;. "Cristina, está en el hospital en un estado muy grave. Pero no se va a morir, tranquilizaros ya".

En ese momento me di la vuelta y empecé a preguntar de todo. ¿Dónde estaba? O ¿qué le pasaba? Pero nadie me daba respuesta. Hasta que empecé a gritar y a llorar de la historia. Esa frase me había vuelto loco. Mario, al ver mi desesperación me calmó diciéndome donde estaba, en el Hospital 12 de Octubre, me dijo que me calmara, pero no podía seguía recordando la frase de antes. Antes de que me diera cuenta empecé a correr para coger el bus para ir a verla. En el viaje solo pensaba en ella y cada vez me preocupaba más. Me daba igual perderme los dos últimas clases. En mi mente solo estaba presente Cristina. Cuando llegué pregunté y

subí a la habitación que me habían dicho en recepción. Cuando fui a entrar, me había calmado un poco no dejaba de rondar en mi mente la preocupación por ella. Una mujer me paró antes de entrar, entendí que era su madre, porque era igualita a ella, Esta mujer entre lágrimas me dijo la peor frase que había escuchado en mi vida: -tú debes ser amigo de Cristina, aunque no te conozco, les dije a los de su clase que no vinieran porque Cristina estaba débil". - Pregunté que qué le pasaba - "Cristina está muy mal, hace un mes le detectaron un tumor cerebral pero se lo descubrieron tarde, empezaron rápidamente con la quimioterapia pero está respondiendo mal. La mujer no podía seguir hablando porque las lágrimas no le dejaban. Tuve un impulso y me abalancé sobre la puerta y entré en la habitación. Y allí estaba ella, sedada, con la vía tanto respiratoria y en la vena, totalmente calva y le costaba respirar, se notaba que estaba hecha polvo, desnutrida, flaca, sin color en los ojos y con una palidez propia de un muerto, la peor imagen de mi vida...



Porque mejor será gastar el tiempo en contar las propias que en procurar saber las vidas ajenas, todos sabemos que cada uno tiene sus razones para sonsacar los malos actos de los demás, pero pocos saben que nunca conseguirán hacer daño con ello.

Durante largo tiempo estuve pensando en aquél recóndito habitáculo, el aire húmedo calaba mis huesos, mientras que en el patio mis compañeros aún se reían de ello. No conseguía entender porqué Isabel le contó a Sara que me gustaba su hermana, tampoco entendía porqué todos se reían cuando lo oyeron. Al cabo de un tiempo abrí la puerta del baño y salí enjuagándome las lágrimas, asomé un poco la cabeza para asegurarme de que ya no había nadie. Llegué a casa y como de costumbre dejé la mochila de mala gana encima de la cama, salí de mi cuarto y con una sonrisa de oreja a oreja le sonreí a mi padre, -hola hija, ¿Qué tal te ha ido hoy en el colegio? - preguntó, yo bajé un poco la mirada pero sin dejar de sonreír e intentado que mi voz sonase alegre - muy bien, aunque un poco aburrido-, él se giró y me miró algo decepcionado, - no digas bobadas hija, si a ti te encanta ir a clase, siempre me cuentas que las clases de filosofía son muy interesantes, ¿qué ha pasado hoy?- yo evité la pregunta, - nada, ¿qué hay para comer?-, - hoy toca lentejas-, dijo volviéndose a girar mirando a la cacerola.

Tras la comida todo fue normal, vi un rato la televisión y después me fui a mi habitación, supuestamente a estudiar, al menos eso fue lo que le dije a mi padre. Por las tardes nunca estudiaba, tenía demasiadas cosas en la cabeza como para ponerme a estudiar la antropología de Platón o las funciones de la economía, no, todas las tardes las pasaba escuchando música o hablando por el móvil con Isabel. Esa tarde lo menos que quería hacer era hablar con ella, todavía no me había explicado porqué le habría contado a Sara que me gustaba su hermana. La hermana de Sara se llamaba María, la conocí en primero de la ESO y estábamos siempre juntas, hasta que se fue a estudiar a Salamanca. Yo había repetido un curso, por eso no he empezado aún la universidad. Pero bueno, dejando historias a parte, yo ya le había dicho a María que me gustaba, no me importaba que lo supiese, debía de contárselo.

María fue muy buena conmigo, me dijo que a pesar de no poder corresponderme, seguiríamos siendo amigas. No entendía como María no se lo había contado a Sara, pero se lo agradecí. Sara era un año más pequeña

que María y yo, siempre tenía esa forma de ser de querer enterarse de todo y utilizarlos en contra de las personas, por eso lo agradecí. Pero, Isabel, otra de mis mejores amigas que también lo sabía decidió contárselo a Sara, y claro está vio una oportunidad y en medio de la clase de educación física gritó - A Carolina le gusta mi hermana, Carolina es bollera- Yo enloquecí y por eso salí corriendo a esconderme al baño.

Tras toda la tarde escuchando música decidí que no era motivo de vergüenza, así que decidí contárselo a mi padre esa misma noche. Cuando terminamos de cenar le dije, - papá, tengo que contarte algo-, -dime hija- dijo dejando el periódico a un lado. - Verás es que...- no sabía como decírselo, -¿qué pasa?- estaba preocupado, - papá, soy lesbiana-, mi padre se quedó un poco sorprendido, pero no reaccionó mal, -no pasa nada hija, ¿era eso lo que tanto te ha costado decirme?- , yo agaché la cabeza - sí- , él se empezó a reír. Desde ese momento me di cuenta de porqué Isabel se lo había contado a Sara, lo dijo porque no quería que fuese otras persona, ni que fingiera ser algo que no soy, quería que fuese yo misma.

